parecen aún más ricos por el contraste que ofrecen con la desolada region que los rodea; y un poco más léjos encuéntrase la cima del Paso de Llamberis. Desde aquí, un sendero pedregoso conduce, franqueando pendientes de roca y pastos de la montaña, á las orillas del Llyn Llydaw, por lo regular siempre silenciosas y solitarias; en las aguas se reflejan las escarpadas rocas del Snowdon, excepto cuando las fuertes brisas que llegan del Atlántico rodean de densos vapores los picos y las crestas de la montaña. Varios angostos senderos, muy escabrosos, conducen desde el Llyn Llydaw á las orillas del Glaslyn, cuyo aspecto es verdaderamente salvaje: este pequeño pantano se halla debajo de la misma cima del Snowdon y está casi del todo rodeado de magníficos precipicios de roca cristalina, de mas de mil piés de altura. En una remota época las nieves se acumulaban aquí á gran profundidad, cuando los glaciares del Snowdon vertian su contenido en los inmediatos valles. Sólo en invierno, cuando las recientes nevadas comunican al paisaje un carácter más alpino y grandioso, se puede formar una ligera idea de lo que debió ser la montaña durante el período glacial. Desde Glaslyn, una senda muy angosta, abierta en la estribacion de la roca, permite llegar hasta la cima de la montaña, y esta es seguramente la parte más agradable de la ascension. Este sendero serpentea entre grandes peñascos, y á un lado y otro se ven enormes moles de roca cristalina de un color azulado, que en algunos sitios forma una especie de toscas columnas, dispuestas en caprichosos grupos, lo cual no tiene nada de extraño, porque esta parte de la montaña no es otra cosa sino una gran extension de lava, que en remotas edades de la historia del mundo corrió desde el cráter de algun volcan extinguido hace mucho tiempo. El franquear este paso no deja de ser empresa algo ardua, aunque no muy difícil, puesto que las señoras han emprendido algunas veces la ascension. Desde la cresta de la montaña se ve perfectamente todo el camino de Llamberis; la cima, á la cual se ha dado el nombre de Y Widdfa, es un cono pedregoso, donde se ve un montecillo formado con piedras, y cerca de él dos cabañas muy pintorescas para descanso de los que emprenden la ascension. Algunos viajeros, amantes de la naturaleza, pasan la noche aquí sólo por tener el gusto de observar la salida del sol.

Si el tiempo es desfavorable, ó el viajero no tiene particular empeño en escalar el Snowdon, puede dirigirse desde el Paso de Llamberis, por una excelente carretera, á las estribaciones del Snowdon y del Gran Glyder, trayecto que segun algunos ofrece muchos atractivos, miéntras que para otros es triste y desolado. Los que opinan de este último modo le habrán visto seguramente en algun dia lluvioso, ó cuando las nieblas parecen cubrirlo todo con un velo, porque esta region ofrece en su conjunto un aspecto magnífico.

Los que se disponen á salir del país suelen preferir otro camino que desde Capel Curig conduce á la costa norte, y despues directamente á Bangor, situado cerca del valle de Nant Frangon, que cruza la parte oriental del Glyders á través de los más hermosos paisajes de Gales. La carretera se prolonga bordeando el Llyn Ogwen, precioso lago circuido de grandes rocas. Mucho más arriba, en el corazon del Glyders, hállase el mal afamado pantano de Llyn Idwal, que segun se asegura toma su nombre de un jóven príncipe, heredero de Owen Gwynedd, asesinado aquí traidoramente por su ayo. Entre las rocas que rodean este pantano, los vientos soplan con inusitada violencia, arremolinando las aguas de tal manera que

parecen las de un océano tempestuoso. Este triste lugar parece seguramente el mas á propósito para un drama sangriento; y cuando la tempestad ruge en la montaña, muy pocos se aventurarian á pasar por él.

Sobre este sitio tenebroso, en medio de las rocas, hay una ancha grieta á la cual ha dado el pueblo el singular nombre de *Cocina del Diablo:* es una especie de profundo y tenebroso desfiladero, de sólo dos varas de anchura, cortado por un pequeño pantano en la parte superior de la montaña. En verano está del todo seco y se puede recorrer sin temor alguno; sus inmensas paredes de roca negra, elevándose á gran altura, no dejan de tener cierto carácter grandioso, particularmente por el contraste que ofrecen con la estrecha faja de cielo azul que hace las veces de techo; las rocas inmediatas parecen accesibles é invitan al viajero á trepar por ellas para escalar el Gran Glyder, porque están cubiertas de saxífragas y helechos, restos de la antigua flora.

Debajo de Llyn Ogwen se extiende el fértil valle de Nant Frangon, cuyo principal atractivo consiste en su aspecto salvaje. Dícese que su nombre significa Valle de los Castores, nombre que podria estar muy bien aplicado, puesto que el sitio parece propio para la residencia de esa especie animal, que segun el profesor Boyd Dawkins, habitaba todavía en el Teivi cuando Giraldo Cambrensis, acompañado del arzobispo Balduino, en 1188, recorrió el país de Gales en busca de voluntarios para la primera Cruzada.

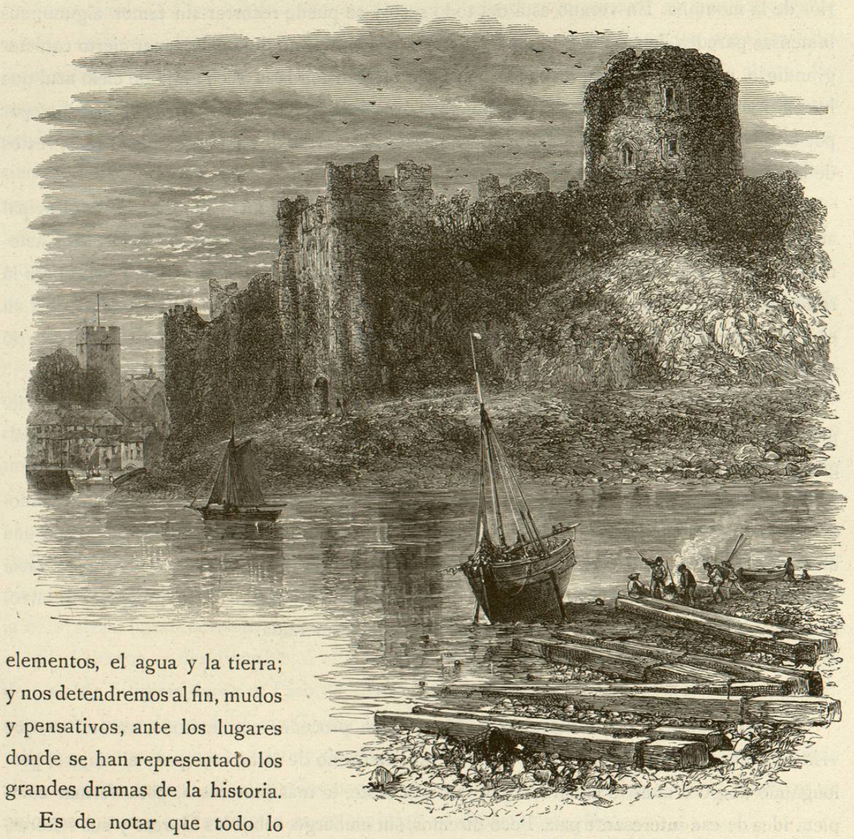
En la estribacion de la montaña se ven profundas excavaciones y restos de toda especie, pues aquí estaban las célebres canteras de pizarra de Bethesda, de mucho más valor que algunas minas de oro, puesto que sus productos parecen inagotables.

Terminamos nuestra primera excursion en el estrecho de Menai, sombreado por frondosos árboles, cuyo follaje agitan de continuo las brisas del Océano; aquí podemos dirigir una última mirada á la gran cordillera del Snowdon, desde los jardines que se prolongan hácia Anglesea, donde la camelia florece sin temer las nevadas, donde el mirto prospera, desarrollándose vigoroso, y donde la fuchsia forma cercas de esmeralda.

II

Acabamos de recorrer el norte de Gales, y para proceder con método, natural es que visitemos ahora la parte sur de este poético país, tan lleno de atractivos para el viajero, prolongando despues nuestra excursion por la costa oeste, la más pintoresca, para formar completa idea de ese interesante país. Poco diremos, sin embargo, sobre las Marcas y sus señores, ni sobre la encarnizada lucha que en los dias de Eduardo regó con sangre tan hermosa tierra. Cuando nos ocupemos del asunto será sólo incidentalmente, al pasar por sitios como Gwenwyn, las Landas de Powys, la «Antorcha de Pengwern» y el Castillo de Guardia Dolorosa; pero al recorrer esta region no olvidaremos nunca los elogios que Enrique II hacia, en su carta al emperador griego Commeno, al hablarle del temerario arrojo de los habitantes de este país. En la presente excursion vamos á seguir la magnífica línea de costas que se extiende entre la desembocadura del Severn y la bahía de Santa Brida; con un pié en el mar y otro en la playa, ora inclinándonos hácia tierra, ora inmóviles en la orilla, y aventu-

rándonos á veces en las mismas olas, pasearemos nuestra mirada por el interior del país, admirando tan pronto las obras de Dios en las cavernas y las rocas, como las obras del hombre en los castillos y abadías. Despues, tomando las alas del ave marina, tenderemos el vuelo sobre las alturas para contemplar escenas naturales de majestuosa belleza; vagaremos entre los repliegues de la costa, de ese campo de batalla donde luchan perpetuamente dos poderosos



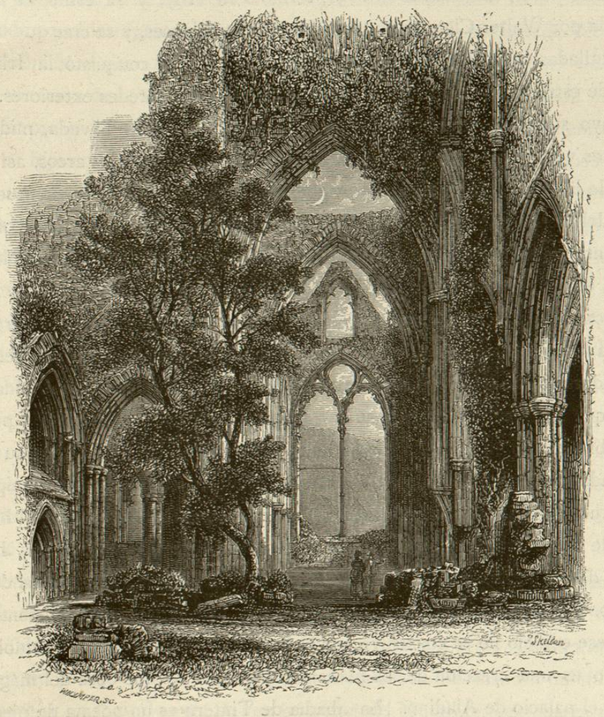
Castillo de Pembroke

elementos, el agua y la tierra; y nos detendremos al fin, mudos y pensativos, ante los lugares donde se han representado los grandes dramas de la historia.

Es de notar que todo lo pintoresco se relaciona íntimamente con las obras humanas, por lo mismo que éstas se hallan en estado ruinoso. Un castillo normando, tal como le encontramos hoy dia, tiene ahora seguramente para el historiador y el novelista más atractivo que en la época de su primitivo esplendor. El tiempo, que pone á prueba todas las cosas, reviste con adornos naturales de melancólica belleza esos recuerdos del pasado que han sobrevivido á su objeto primordial, y cuyas ruinas se conservan para demostrarnos cómo vivian y se conducian los hombres en las épocas que nos precedieron. Las necesidades de los que erigieron el castillo normando eran sin duda más poderosas que

la construccion misma, y sin embargo, las reliquias de ésta sobrevivieron á aquellas. Siempre se experimenta una emocion profunda al contemplar esas formas flotantes de la vida, que magníficas en su época, se desvanecieron con esta, y que inspirándonos el deseo de conocer el pasado, nos hacen amar nuestro país desde que comenzamos á leer las primeras páginas de su historia.

Emprenderemos nuestra excursion saliendo de Gloucester: la ciudad de este nombre, la



Nave de la iglesia de Tintern

de Tewkesbury y la de Cheltenham forman un triángulo de plazas dentro del área del valle de Gloucester; despues de pasar de Cheltenham, dejando atrás la elevada y graciosa torre de la catedral de Gloucester, sobrepuesta de cuatro espiras, miramos con el pensamiento la isla de Olney, teatro de la lucha entre Edmundo y Canuto, cuando se disputaron un reino, y hacemos alto en Leckhampton, en las colinas de Costwold, á dos millas de Cheltenham. Desde aquí vemos la Chimenea del Diablo, que ofrece asunto más bien para el pincel que para la pluma: es una formacion de roca, tan grotesca como fantástica, pero que debe tener mucho atractivo para el artista. La reputacion del príncipe de las Tinieblas como arquitecto natural queda bien sentada aquí, pues á él se atribuye la produccion de esta monstruosidad tan caprichosa.

Llegados á Chepstow, la naturaleza nos presenta un cuadro altamente pintoresco: una parte del sinuoso rio Wye se desliza cual una faja de plata bordeada por el más risueño paisaje que se pudiera encontrar en Inglaterra.

A pocas millas mas allá de Chepstow, en una lengua de tierra llana, bañada por el Wye y circuida de colinas y bosques, hállase la abadía de Tintern, cuyo solo nombre, expresivo y melodioso, caracteriza propiamente una de las más encantadoras ruinas de Bretaña. La construccion de la abadía, comenzada en 1131, terminó en 1287, y su estilo es muy primitivo. Fué fundada por Walter Clare para unos monjes cistercienses, y se cree que una de las tumbas más mutiladas es la de Ricardo Strongbow, que en 1172 conquistó la Irlanda. Todo el edificio es de estructura cruciforme, y aun se conservan las paredes exteriores. La abadía de Tintern, cuyo suelo es de toba, y que tiene por techo la celeste bóveda, mide una longitud de doscientos veintiocho piés. Aún se conservan las columnas y los arcos, así como algunas esculturas de la más delicada ejecucion, y todavía subsiste tambien la suntuosa ventana de la fachada del Oeste, que se halla en muy buen estado. El paisaje que se ofrece á la vista desde ese antiquísimo edificio no puede ser más admirable, pudiéndose decir lo mismo de la posicion; y en cuanto á las ruinas, apénas se hallarán en el país otras que las igualen por su mérito. Cerca de ellas se ven los restos del Hospicio y de la casa del abad. Por su estilo ligero y elegante á la vez, estas construcciones son un precioso modelo en su género; Tintern se puede considerar como una verdadera preciosidad, y comprendiéndolo sin duda su actual posesor, el duque de Beaufort, procura su conservacion por todos los medios posibles. Pocas veces se habrá ideado en el arte arquitectónico nada más bello que Tintern; su estilo es puro, casto, delicado, expresivo y de un misticismo encantador. La fachada principal, la ventana del Este, el coro, los arcos puntiagudos y las columnas revelan claramente el buen gusto y la delicadeza de la construccion, que se manifiesta igualmente en el conjunto. La hiedra, esa planta hija de la lluvia, comunica un carácter más melancólico á los restos de la abadía de Tintern; y por poco que el observador se dejase llevar de la fantasía y del sentimiento, pareceríale que ese edificio no se construyó por el hombre segun las reglas establecidas por el arte, que no es una creacion de los humanos, y que tal vez fué obra del mágico arquitecto que levantó el palacio de Aladino. ¡La abadía de Tintern es un poema de piedra! Véase lo que dice Hawthorne al hablar de este edificio:

«Ni el coliseo, ni las tumbas de la Vía Apia, ni los más vetustos pilares del Forum, ni ninguna otra ruina romana, por mutilada que esté, podrá ofrecer nunca el aspecto de venerable antigüedad que presentan las paredes grises de una abadía ó castillo de Inglaterra.» Las ruinas de que acabamos de hablar confirman en un todo las palabras de ese escritor, y en nuestra presente excursion veremos otras antiguas construcciones que nos demostrarán palpablemente la exactitud del aserto.

Despues de Tintern, el castillo de Raglan, con sus torres de color gris revestidas de hiedra, es lo que debe llamar nuestra atencion. Las primitivas partes de esta poética fortaleza datan de la época de Enrique V, y á pesar de su estado ruinoso, es una de las ruinas más majestuosas que se conocen. En su juventud, Enrique VII pasó aquí algun tiempo bajo la

vigilancia de sir William Herbert, que fué más tarde conde de Pembroke. Parte de la arquitectura del castillo es del tiempo de Eduardo IV, habiéndose hecho varias reparaciones en la época de los Tudors. La «Torre amarilla de Gwent» corresponde á la parte más primitiva de la construccion.

En el castillo de Raglan nació aquel Eduardo Somerset, más tarde marqués de Worcester, autor de la «Centuria de los Inventos.» Durante la guerra civil, Raglan fué sitiado y tomado por Fairfax, en 17 de agosto de 1646: el castillo se defendió valerosamente gracias á los esfuerzos de aquel intrépido realista, quinto conde y primer marqués de Worcester, que á pesar de sus ochenta y cinco años justificó su orgullosa divisa *Mutare vel timere sperno.* La guarnicion constaba de ochocientos hombres, y el anciano guerrero resistió largo tiempo con el mayor arrojo y abnegacion. Sus sacrificios por la causa real fueron enormes, mas á pesar de esto, su hijo no recibió recompensa alguna de la real casa á que ambos habian servido con tan buena fe. Despues del sitio Raglan fué demolido en cuanto lo permitió su duro material, y desde entónces nadie le habitó: ahora pertenece al duque de Beaufort. La posicion de esta antigua fortaleza, rodeada de hermosos árboles, es magnífica; aún se reconocen las brechas mortales que abrieron los cañones de Fairfax, pero esto no impide que Raglan sea todavía espléndido, pintoresco y romántico.

El llano de Neath, por donde se avanza despues, sumamente pintoresco, tiene todo el carácter de un verdadero valle, pues las colinas le cierran graciosamente por todos lados; los árboles parecen interceptar la entrada con sus espesas copas, y un cristalino rio se desliza por el centro susurrando dulcemente, pero llegado á cierto sitio salta sobre un precipicio de rocas de considerable altura, formando la cascada que llaman de Cil-Hespte, que es sumamente pintoresca: todo el paisaje es digno del pincel de un artista. Neath está cerca del mar, y el rio nos conduce por un paso natural á Swansea.

Cerca de Swansea hállase la estacion balnearia de Mumbles, de la cual se han alejado los bañistas, á quienes molestan al parecer los trabajos de las minas de carbon y de cobre: la bahía de Mumbles se asemeja mucho, segun dicen algunos, á la de Nápoles, mas yo no lo creo así, aunque no puede negarse que reune las mejores condiciones. En un alto promontorio elévase el faro, y no léjos de aquí se ven las rocas de Mumbles: centenares de embarcaciones buscan en estas aguas un refugio cuando las sorprende el temporal, ofreciendo el más agradable golpe de vista á los que pasean por este sitio; enormes olas se estrellan contra el faro, resolviéndose en blanca espuma; cerca de las rocas se ven peligrosos remolinos; y en algunos parajes, algunos pabellones rotos, cuerdas y restos de embarcaciones que han naufragado, indican tristemente que no basta el faro para evitar aquí un desastre.

Avanzando por el interior, el viajero llegará pronto á Llandeilo, pueblo situado cerca de Caermarthen, desde donde, despues de recorrer un camino muy montañoso, se puede ir á ver las ruinas de otro magnífico y antiguo castillo, el de Carreg Cennen: el sendero que á él conduce es algo difícil de encontrar, ó al ménos parece serlo al principio, y empléase más de una hora ántes de llegar al punto deseado, pero una vez conseguido esto, la vista de la fortaleza hace olvidar la fatiga, y al acercarse créese ver uno de esos antiguos castillos que coronan